

4

Diciembre  
2006

*la* **T***endencia*  
—revista de análisis político—

Director

Francisco Muñoz Jaramillo

Editor General

Ángel Enrique Arias

Consejo Editorial

Jaime Arciniegas, Augusto Barrera  
Jaime Breilh, Marena Briones, Carlos Castro  
Galo Chiriboga, Eduardo Delgado  
Julio Echeverría, Miryam Garcés  
Luis Gómez, Ramiro González  
Virgilio Hernández, Guillermo Landázuri  
Luis Maldonado Lince, René Maugé  
Paco Moncayo, René Morales  
Melania Mora, Marco Navas  
Gonzalo Ortiz, Nina Pacari  
Andrés Páez, Alexis Ponce  
Rafael Quintero, Eduardo Valencia  
Andrés Vallejo, Raúl Vallejo  
Gaitán Villavicencio

Coordinadora editorial

Alejandra Adoum

Diseño y diagramación

María Dolores Villamar

Fotografías

Archivos Revista *Nueva*

Archivos diario *Hoy*

Juan Sebastián Roldán

Auspicio

ILDIS-FES

Avenida República 500, Edif. Pucará

Teléfono: (593) 2 250 96 08

Quito - Ecuador

Edición y distribución

Editorial TRAMASOCIAL

Reina Victoria N 21-141 y Robles

Edificio Proinco II, piso 6, Oficina 6B

Teléfono: (593) 2 255 29 36

Quito - Ecuador

tramasocial@andinanet.net

Los editores no comparten, necesariamente, las opiniones vertidas por los autores, ni estas comprometen a las instituciones a las que prestan sus servicios. Se autoriza a citar o reproducir el contenido de esta publicación, siempre y cuando se mencione la fuente y se remita un ejemplar a la revista.

*laTendencia*  
—revista de análisis político—

© de esta edición: cada autor

ISSN: 13902571

Diciembre de 2006

Editorial	7
-----------	---

### *Análisis de coyuntura*

<b>La coyuntura electoral en un contexto de comparaciones históricas</b>	<b>11</b>
--------------------------------------------------------------------------	-----------

Juan J. Paz y Miño Cepeda

<b>¿Una nueva izquierda latinoamericana?</b>	<b>18</b>
----------------------------------------------	-----------

Joaquín Hernández Alvarado

<b>Integración sudamericana: de la retórica a los hechos</b>	<b>22</b>
--------------------------------------------------------------	-----------

Ángel Enrique Arias

<b>Rafael Correa: ¿fruto de la coyuntura «antipolítica» o de la irrupción ciudadana?</b>	<b>28</b>
------------------------------------------------------------------------------------------	-----------

Pabel Muñoz L.

<b>Derechos sexuales y reproductivos: a la hora de las decisiones</b>	<b>34</b>
-----------------------------------------------------------------------	-----------

Myriam Garcés

### *Conducta política de centro izquierda*

<b>Los socialistas de cara al próximo gobierno</b>	<b>39</b>
----------------------------------------------------	-----------

Rafael Quintero López

<b>¿Un pacto en la izquierda?</b>	<b>43</b>
-----------------------------------	-----------

Juan Sebastián Roldán y María Paula Romo

<b>Un nuevo actor para una nueva democracia</b>	<b>47</b>
-------------------------------------------------	-----------

Juan Cuvi

<b>La renovación de los partidos de centro izquierda</b>	<b>53</b>
----------------------------------------------------------	-----------

Andrés Páez Benalcázar

<b>Asamblea Nacional Constituyente: un acuerdo social por la patria</b>	<b>58</b>
-------------------------------------------------------------------------	-----------

Carlos Castro Riera

<b>Las elecciones de 2006 y el laberinto de la reforma política</b>	<b>64</b>
---------------------------------------------------------------------	-----------

Julio Echeverría

índice

## Propuestas programáticas

**La visión de un país desde los deseos y los sueños** 71

Javier Ponce Cevallos

**La política social y la necesaria elaboración de una visión estratégica** 78

Fundación Diagonal, Capítulo Ecuador

**El salto posible: un programa económico que beneficie a la gente** 83

Diego Borja Cornejo

**Lineamientos para una política petrolera en Ecuador** 89

Carlos Izurieta

**El nuevo gobierno en las relaciones internacionales** 93

Gustavo Vega

**El sistema financiero y su papel en el desarrollo económico y social** 98

Hugo Jácome

**La necesidad de un modelo económico alternativo** 104

Leonardo Vicuña Izquierdo

**Cambiar desde la comunicación política: potencial ciudadano y desafíos para la tendencia** 108

Marco Navas Alvear

### AUTONOMÍA

**La autonomía que necesita Ecuador** 119

Gustavo Baroja

**Un país con autonomías, no unas autonomías sin país** 122

Augusto Barrera G.

**¿Es posible un «Régimen especial» autonómico en el ordenamiento jurídico ecuatoriano?** 128

Diego Pazmiño

índice

# Un nuevo actor para una nueva democracia

Juan Cuvi\*

**A**l igual que la Europa burguesa del siglo XIX tuvo en el comunismo su fantasma, la izquierda también ha enfrentado el suyo propio desde que la desdogmatización del marxismo empezó a propagarse por el mundo. Aunque su onda expansiva sacudió en un inicio a los partidos comunistas europeos, no tardó en llegar a América Latina. A fines de los años 1970, la Revolución Sandinista demostró que las grandes transformaciones se logran aceptando la realidad sociocultural de un pueblo más que imponiendo la teoría política. Pero además de haber trasladado al plano político la inmensa diversidad ideológica, social, cultural y étnica de la sociedad nicaragüense, dándole coherencia alrededor de un proyecto revolucionario, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) resaltó la importancia insustituible de la democracia como elemento liberador y transformador.

Esa revolución, vivida por la izquierda latinoamericana con mayor cercanía que la revolución cubana, gracias al papel de los medios de comunicación y a la mayor accesibilidad geográfica de Nicaragua, permeó rápidamente a muchos proyectos políticos. La lucha por la democracia como un objetivo histórico, y no solamente como una etapa transitoria en el largo camino al socialismo, fue asumida e incorporada en varias organizaciones de izquierda, partidos legales y hasta movimientos armados que cumplieron —y en algunos casos aún lo siguen haciendo— papeles sobresalientes en procesos de cambio político en sus respectivos países.

Las propuestas chilena, uruguaya y brasileña datan de aquella época. En el caso de las dos primeras, la opción democrática se vio reforzada por la necesidad impostergable de una lucha frontal contra las dictaduras. Hoy, los tres procesos se han convertido en referentes no solo de la profundización de la democracia en el continente, sino de la viabilidad de proyectos de transformación social y de consolidación institucional gestionados por la izquierda.

El M-19 en Colombia y Alfaro Vive Carajo en Ecuador, rompiendo el esquema tradicional de la izquierda, propusieron que la democracia muy bien podía requerir de la lucha armada. En Guatemala y El Salvador las organizaciones guerrilleras concluyeron que la democratización de sus sociedades patriarcales, arcaicas y terriblemente oligárquicas era una excelente compensación para décadas de subversión.

Todas estas experiencias reflejan que incluso las opciones más radicales entraron en la lógica de la lucha por la profundización de la democracia como objetivo prioritario. Y no podía ser de otra manera: los fenómenos de represión, autoritarismo, corrupción, exclusión y masificación de la pobreza en América Latina han sido tan sistemáticos que no cabe otra opción que la de romper ese círculo vicioso basado en el control elitista del poder. De otro modo, si dichas taras se mantienen, cualquier transformación de las estructuras

---

\* Dirigente de Alfaro Vive Carajo.

económicas no evitará la reproducción del mismo sistema de dominación con nuevos actores.

Hoy la noción de democracia trasciende la vieja óptica política, que la concebía como una forma de integración de los excluidos y de reparto equitativo del poder. La revalorización del individuo, provocada por la crisis de las doctrinas políticas rígidas y por la irrupción de la posmodernidad, coloca en primer plano al ciudadano como actor político, lo cual transforma la dimensión de la democracia y la sitúa en el plano de la cotidianidad. El triunfo de Rafael Correa en las últimas elecciones, pese a la ambigüedad de su discurso y a la superficialidad de su proyecto, refleja ante todo una urgente demanda ciudadana por alcanzar un marco democrático fundamental, dentro del cual se respeten las principales normas de convivencia social y el ejercicio de las libertades básicas. Para una gran parte de la población la reforma política, en esencia, no es más que eso: sometimiento a las leyes, igualdad de condiciones, respeto por las diferencias, opciones de participación.

De ser un sistema de gobierno la democracia se convierte, entonces, en una forma de vida: de la normatividad de lo público se traslada a todos los resquicios de la vida social e, inclusive, al fuero interno de las personas. No puede existir un sistema democrático si cada espacio de la sociedad no lo es a su vez, y si tampoco lo son una amplia mayoría de ciudadanos. Por ello, más que la definición de leyes y la reestructuración del poder, lo que hoy reclaman los nuevos actores políticos es la construcción de una cultura democrática en toda la sociedad. Ya no se trata de adoctrinar

líderes bajo preceptos estructurados y dogmas inamovibles, sino de formar ciudadanos con una sólida conciencia democrática de la vida diaria.

## Viejos actores frente a nuevas demandas

Pero ¿cómo se construye democracia en una sociedad desmembrada, incrédula y corroída por la anomia? ¿Cómo formar ciudadanos en un



medio descreído de las leyes y de las instituciones? ¿Cómo construir actores políticos democráticos en un país signado por las desigualdades, la exclusión y el autoritarismo? La opción más tradicional de crear partidos políticos formales ha fracasado precisamente porque se nutren de estos vicios y, por lo mismo, apuntan a su reproducción. Históricamente, los partidos políticos ecuatorianos han sido autoritarios, excluyentes y corruptos porque han aceptado, por pragmatismo, ser el eco fiel de la sociedad en sus facetas más negativas. Ninguno ha aparecido para reflejar el potencial incubado en el seno del pueblo, ni

sus mínimas virtudes y esfuerzos, por la sencilla razón de que esa es una apuesta poco rentable.

Los partidos, o mejor dicho sus líderes y figuras públicas, persiguen de manera sistemática ingresar a ese coto reservado en que las elites convirtieron a la actividad política. Las declaraciones de principios, o los grandes objetivos nacionales con que engalanan su demagogia, quedan abandonados a la entrada de ese club de socios exclusivos especializados en las malas artes del poder. Los espacios sociales, la cotidianidad de la gente, la informalidad comunitaria terminan siendo considerados eventualidades o meros accesorios del ejercicio de la política. Los partidos desconocen, de manera intencionada, que es precisamente en esa lógica sencilla y rutinaria de la sociedad donde la política puede hallar su sentido, sobre todo en cuanto actividad humana orientada a servir al bien común.

Por ello, los partidos y los líderes políticos tienen dificultades para comprender y explicar los reiterados —y a veces estruendosos— fracasos de sus propuestas o de sus administraciones. Lo público es por antonomasia el espacio de la política; por ello, si la arrancan de su medio natural y la privatizan, entonces la están desnaturalizando por completo, como ocurre actualmente. Si a la política se le cercenan sus raíces en la sociedad, termina convertida en un híbrido hidropónico alimentado artificialmente. Acaba siendo una especie depredadora introducida de mañosamente en la médula del bosque democrático.

En consecuencia, la única opción de renovación para la actividad política radica en la restauración

de sus raíces sociales, en su revinculación con las dinámicas públicas, abiertas, colectivas. Cuando la política se integre a la cotidianidad de la vida social no solo que se democratizará, sino que el común de la gente volverá a encontrarle una utilidad práctica. Así, tanto el ejercicio de la política como la noción de democracia se convertirían en patrimonio de cada ciudadano y de sus espacios sociales más inmediatos (familia, trabajo, institución educativa, barrio, gremio, etc.).

En estas condiciones, un proyecto político nuevo debe conseguir dos objetivos básicos: construir democracia en todos los rincones de la sociedad y rescatar a la política del coto privado de las mafias del poder. Ambos propósitos están estrechamente ligados y son caras de una misma moneda, pero en la práctica deben ser asumidos con ciertas particularidades. La democracia se construye en una relación directa con la gente y con su cotidianidad, pero al mismo tiempo hay que desplazar de los espacios públicos de poder a los representantes de la vieja clase política (partidos, gremios y burocracias). En esa combinación dinámica y creativa entre democratización de la red social y recuperación de lo público para la colectividad, se irá construyendo un nuevo proyecto de país.

**El triunfo de Rafael Correa, pese a la ambigüedad de su discurso y a la superficialidad de su proyecto, refleja ante todo una urgente demanda ciudadana por alcanzar un marco democrático fundamental, dentro del cual se respeten las principales normas de convivencia social y el ejercicio de las libertades básicas.**

### **La misma vieja necesidad**

Hablar de la unidad de los sectores democráticos podría sonar a monomanía de abuelita si no fuera porque de ello depende, en buena medida, la posibilidad de transformar el país. El equilibrio entre fuerzas representativas de la sociedad, que

respondan a proyectos ideológicos y políticos coherentes y consistentes, parece ser la vía óptima para enfrentar los desafíos de América Latina en las próximas décadas. Así lo están demostrando países como Chile, Uruguay, Brasil, México y, más recientemente, Nicaragua. Actuar desde una oposición responsable e inteligente, con fuerza suficiente como para negociar las orientaciones generales de las políticas estatales, ha sido, en los casos señalados, la mejor apuesta para un futuro gobierno de izquierda. La experiencia del Polo Democrático Alternativo en Colombia resulta aleccionadora: pudo desbaratar el complejo mecanismo del bipartidismo, vigente 180 años, desde la propia formalidad democrática. En ese sentido, ha conseguido mejores resultados que décadas de insurgencia.

Ahora bien, la construcción de un nuevo actor político (llámese polo, frente o como quiera) requiere de acuerdos claros en dos niveles. En primer lugar, la suscripción de un nuevo contrato social entre las principales fuerzas sociales, económicas y políticas del país, contrato basado fundamentalmente en el respeto irrestricto de las normas y leyes previamente acordadas. Sin acatamiento del marco institucional y sin sometimiento al Estado de derecho, cualquier acuerdo es inviable. Pero, a la vez, es necesario alcanzar un acuerdo de menor nivel entre los sectores democráticos que constituirán ese nuevo actor político, cuya principal misión será actuar como contrapeso nacional frente al centro y a la derecha. Este segundo acuerdo tendrá que definir términos básicos, límites y objetivos conjuntos que permitan una interlocución constructiva y fluida entre sus distintos integrantes, manteniendo un sistema interno de debate y confrontación de ideas, que dé garantía a las distintas identidades amparadas bajo un proyecto común. La construcción de una nueva democracia tendrá que ser la base inalterable de este acuerdo.

Pero la democracia como proyecto histórico puede también encontrar detractores e inconformes, especialmente entre aquellos grupos de la izquierda que han hecho del discurso radical un parapeto para disimular la reproducción de las viejas prácticas de la política convencional (autoritarismo, nepotismo, personalismo, corruptelas). No obstante, siempre será posible integrarlos a un proceso al cual, desde su visión particular, pueden considerar como un peldaño hacia la revolución socialista. Lo más importante es enfrentarlos a la política real, porque es ahí donde podrán confrontar sus ideas con las condiciones concretas —y por lo general poco idílicas— de la política y descubrir los aciertos y las limitaciones de sus dogmas.

### **Oficialidad versus ciudadanía**

Construir un nuevo actor político que represente a las fuerzas democráticas y de izquierda resulta, en las actuales condiciones, bastante complejo. El triunfo de Alianza País distorsiona este objetivo, porque la construcción de un partido desde el gobierno, aunque fuese de izquierda, siempre caerá en las mismas trampas del verticalismo y del funcionalismo. En ese sentido, los cuadros, militantes y sectores democráticos tendrán que moverse entre la cooptación y el desgaste gubernamental, limitando las posibilidades de convertirse en actores independientes, críticos, constructivos y hasta, de ser necesario, comprometidos con el próximo gobierno, como debería corresponder a una fuerza que apuesta a un proyecto de cambio realmente histórico.

Por otro lado, Rafael Correa no ha demostrado tener las cualidades para liderar la construcción de un partido o actor político democrático con perspectivas sólidas. Virtudes como la búsqueda de consensos, la tolerancia o la vocación para escuchar, indispensables en una empresa tan exigente, están ausentes en su personalidad. Sin embargo, es cierto que en su entorno más cercano

existen cuadros con una amplia experiencia al respecto, los cuales probablemente se propongan esta tarea con mayores posibilidades de éxito.

Lo que sí es indudable es que las iniciativas que se tomen desde la oficialidad van a tener una incidencia determinante en la intención de construir un nuevo actor político. En tal virtud, desde las organizaciones sociales y políticas que continuarán en el andarivel de la sociedad civil será indispensable establecer una estrategia de relacionamiento con Alianza País, a fin de combinar la negociación con la exigencia, la vigilancia con la defensa del gobierno frente a las eventuales agresiones de la derecha, la independencia con el fortalecimiento mutuo.

### **El rescate de la política**

En cualquier caso, el proceso de recuperación de la política debe darse a través de dos mecanismos básicos. Por un lado, la activa participación de la comunidad en los asuntos públicos, mediante la presión constructiva sobre las autoridades, la negociación y la formulación de propuestas y proyectos concretos, que reflejen un ejercicio de consulta y de logro de consensos sociales. No existe mejor argumento político para el cambio social, y para la democratización de la administración pública, que una solución viable a los problemas de la comunidad; y si esa solución es producto de consultas y debates abiertos, mucho mejor. La deficiencia en la relación entre la sociedad civil y el Estado no radica en lo espurio de las mediaciones. Partidos, gremios, cámaras, asociaciones o grupos de poder son vistos como parte del mismo coto privado, como engranajes

del mismo sistema corrupto y excluyente. Un nuevo actor político debe demostrar que su accionar está al margen de estas ataduras.

El segundo mecanismo no es más que la gestión pública honesta, transparente y efectiva dentro de una dinámica de democracia y participación permanentes. En una sociedad desconfiada e incrédula como la nuestra —como resultado de decepciones, engaños y frustraciones sistemáticos orquestados desde los poderes públicos— no existe remedio más eficaz que el buen ejemplo. El único proyecto convincente para la gente será el acertado manejo de la cosa pública por parte de un candidato, grupo o partido. Los programas de gobierno, las propuestas de campaña y las promesas de cambio perdieron validez y legitimidad en aras de la demagogia. El pueblo se limita, cuando mucho, a hacer una apuesta clientelar, bajo la vieja lógica de que «del lobo un pelo». En esas relaciones perversas la gente común busca a los candidatos o partidos que mejores perspectivas ofrecen de responder a sus anhelos clientelares. Esto, en la práctica, supone irse con aquellos que mayor gala hacen de viveza criolla, pragmatismo o abierta corrupción; es decir, con los partidos populistas.

Por ello, un proyecto transformador no puede negarse a copar los espacios públicos de poder, ya sea por la vía de los cargos de elección popular o por aquellos de nominación. La clave está en garantizar idoneidad, competencia y honestidad de quienes los asuman.

Esta posibilidad implica necesariamente un trabajo serio y sostenido de construcción de figuras políticas, que a futuro puedan ser candidatos o funcionarios exitosos. En el seno de la

**La vieja práctica de la «concientización» del individuo mediante su inclusión o adhesión a una organización (llámese esta sindicato, gremio, célula, partido o asociación) debe ser invertida en función de la formación de ciudadanos con conciencia universal.**

izquierda. El canibalismo de las figuras ha sido una práctica desastrosa. Nunca se reparó en que un triunfo electoral nos enfrenta a una dramática carencia de cuadros para administrar el Estado, y esta eventualidad solamente se soluciona mediante la disposición de cientos de militantes fogueados en la política mediática, electoral y administrativa. Ese constituye, hoy por hoy, el principal drama de Alianza País.

### **Crear una cultura democrática**

La construcción de una cultura democrática al interior de la sociedad parece ser una tarea más compleja, puesto que tiene que ver no solamente con el ámbito de lo público sino, sobre todo, con los espacios privados y con el fuero interno de las personas. La vieja práctica de la «concientización» del individuo mediante su inclusión o adhesión a una organización (llámese esta sindicato, gremio, célula, partido o asociación) debe ser invertida en función de la formación de ciudadanos con conciencia universal. Los espacios orgánicos deberían estar, en la medida de lo posible, integrados por ciudadanos, es decir por individuos conscientes de sus derechos sociales, culturales y políticos. Este es el único mecanismo para prevenir la manipulación, la elitización y la verticalización de estas instancias colectivas. También será el mecanismo más eficaz para combatir el clientelismo y sus desviaciones autoritarias.

No se trata, por lo tanto, de promover la organización social como mero instrumento de presión o de reivindicación, sino como finalidad del ejercicio democrático. Es decir, los ciudadanos nos agrupamos con el propósito central de hacer prevalecer los derechos colectivos como única vía para resolver nuestros problemas, sean estos grandes o pequeños, nacionales o locales. No nos juntamos para conseguir una obra, un presupuesto o un proyecto puntual, sino para ejercer derechos universales y, dentro de este ejercicio, exigir a los

responsables el cumplimiento de sus obligaciones frente a temas concretos, pequeños, comunitarios, barriales, etc. Ciudadanos unidos sí pueden controlar el poder; personas agrupadas solamente alcanzan objetivos parciales o transitorios.

La práctica de la agrupación, contrariamente a lo esperado, más que conciencia política ha generado un simple y llano pragmatismo, por lo demás altamente vulnerable. Los sectores populares constituyen organizaciones de todo tipo porque esperan recibir algo concreto a cambio, no porque quieran ejercer sus derechos. Y como en la mayoría de casos la iniciativa prospera y algo de lo buscado se alcanza, el mecanismo queda validado. Por ello las elites y la partidocracia siempre han promovido este tipo de organización, ya sea a través de la indiferencia o de la falsa tolerancia. No es cierto que al poder no le interesa un pueblo organizado: lo que realmente le interesa es que sus formas de organización sean funcionales al sistema, que sirvan para negociar espacios y recursos sin atentar contra aspectos de fondo, que proyecten una imagen de confrontación que a su vez legitime una falsa idea de democracia y respeto de las libertades políticas, y que siempre aseguren la reproducción del sistema por la vía de las elecciones. Lo que menos quiere el poder es la existencia de ciudadanos que, hipotéticamente, pudieran llegar a tomar decisiones conscientes en un proceso electoral. Esta opción sí significa el colapso del sistema político y de las estructuras de poder, al menos en América Latina.

En tal virtud, necesitamos regar por la sociedad la idea de la democracia como forma de vida, no como simple doctrina política. Debemos convertirnos en militantes por la democracia con una vocación inquebrantable, con una especie de fe alejada de cualquier tipo de dogmatismo y fundamentalismo, y más bien basada en el convencimiento de que la reticulación social tiene más potencial político que la organización formal u oficial.